en Palestina, donde había sido llamado por una sublevación de los Judíos, prohibió primero, bajo las penas más severas, á todos los súbditos del Imperio hacerse judíos ó cristianos (Sulp. Sev., II, 45), y muy pronto después, ya porque se diera más extensión á este edicto, ya porque se publicase de nuevo, es lo cierto que la persecución alcanzó, con una crueldad desconocida hasta entonces, á todos los que pertenecían anteriormente al cristianismo (Euseb., VI, 7.—Hieron. *V. ill.*, LII). En todas las provincias hizo ilustres víctimas, siendo sobre todo considerable su número en Alejandría, no sólo entre los habitantes de la ciudad, tales como Leónidas, padre de Orígenes, sino entre los del Egipto y de la Tebaida, que eran traídos á dicha ciudad para inmolarlos (Euseb., V, I). San Clemente de Alejandría vió con sus ojos los tormentos aplicados á los cristianos bajo este Príncipe, y dice que los mártires se sucedían unos á otros como las aguas de inagotables fuentes (*Strom.*, lib. II, capítulo 22, edit. Potter., pág. 494).

Lión fué en la Galia lo que Alejandría en Egipto: vió entonces martirizar, dentro de sus muros, á San Ireneo y sus numerosos compañeros. También fué bajo Severo cuando padecieron los doce célebres mártires Silitanos, y también Santa Perpetua y Santa Felícitas, que no ha de confundirse con la que fué coronada en tiempo de Marco Aurelio. Esta persecución produjo las dos más admirables apologías de la fe cristiana, la de Tertuliano y la de Minucio Félix (véase el artículo *Patrología*).

7.° *Persecución de Maximino*. de 235 á 237. Maximino fué, desde un principio, amigo de perseguir á los cristianos por el odio que había sentido hacia su predecesor Alejandro Severo, que los protegía (Euseb., VI, 28). El Oriente facilitó también un pretexto para la persecución, es decir, diversas calamidades, y especialmente frecuentes temblores de tierra, de los cuales, según la costumbre, se echó toda la culpa á los cristianos (Cypr. *Ep.* LXXV). La persecución alcanzó primero á los obispos y á todos los que estaban llamados á predicar el Evangelio (Euseb., *loc. laud.*); después se extendió á todos los fieles. No fué general, pero sí muy violenta en ciertos puntos, como, por ejemplo, en Capadocia. Dió la corona del martirio á varios Papas, particularmente á San Ponciano y á San Antero. En el número de los más ilustres que sufrieron entonces, debe figurar también Ambrosio, el amigo de Orígenes, que tuvo una tan grande participación en sus trabajos sobre los libros sagrados, y á quien el sabio doctor de Alejandría dedicó su tratado *Contra Celso*. Ambrosio había sido ordenado diácono, y Maximino, como se sabe, extremaba su crueldad sobre todo con los ministros de la Iglesia. San Jerónimo (*De viris illustr.*, LVI) dedica á Ambrosio este glorioso testimonio: «Fué insigne por la gloria de la confesión en nombre del Señor», *confessionis dominicæ gloria insignis fuit*.

8.° *Persecución de Decio*, de 249 á 251. Por odio á la memoria de su predecesor Filipo, que pasa por haber sido cristiano y que él había condenado á muerte (Euseb., VI, 29), acometió Decio la empresa de extirpar el cristianismo, ya muy extendido. Los sanguinarios edictos que se apresuró á publicar poco después de su advenimiento al poder, llevaron el terror y la muerte á todas las partes del Imperio (Euseb., VI, 29). Una de sus primeras víctimas fué el Papa Fabián, martirizado en 20 de Enero del año 250. San Cornelio, su sucesor, consiguió la misma palma dos años después. Los mártires fueron innumerables en esta persecución; los más célebres, después de los que ya hemos citado, son: San Saturnino, primer obispo de Tolosa; San Babilas, obispo de Antioquía; San Alejandro, obispo de Jerusalén; Santa Agueda, virgen, en Catania. No debemos omitir á Orígenes, quien también bajo Decio sufrió toda clase de tormentos por la fe, sin tener, no obstante, la dicha de consumar su martirio, porque los perseguidores no querían hacerlo morir, sino vencerlo por el dolor; se libertó por la muerte de Decio, ocurrida en 251. Maximino, como perseguidor, se dedicaba sobre todo á las dignidades de la Iglesia, á los pontífices, á los sacerdotes y á los cristianos más ilustres. Tendió más á hacer mártires que apóstatas, lo que ha hecho decir á San Cipriano (*Epist.* VII): *Acerbissimos cruciatus, absque solatio mortis*. Con este objeto inventó suplicios desconocidos hasta entonces. Por desgracia, consiguió algunos triunfos, teniendo entonces la Iglesia que deplorar algunas apostasías (véase el artículo *Lapsi*).

Se ha puesto comúnmente en Licia, bajo la persecución de Decio, el martirio de San Cristóbal, que los Griegos veneran el 9 de Mayo y los Latinos el 23 de Julio.

Esta persecución dió, sin embargo, un excelente resultado en Oriente: ella fué la que determinó á San Pablo á librarse de la muerte por la fuga, y por tanto, la que pobló de piadosos ermitaños los desiertos de la Tebaida.

9.° *Persecución de Valeriano*. Este Príncipe, al comienzo de su reinado manifestó hacia los cristianos sentimientos equitativos (Euseb. VII, 10). Eusebio dice también (*Hist. eccl.*, lib. VII, c. 10) que muchos fieles formaban parte de su casa, la cual, según el testimonio de San Dionisio de Alejandría, parecía una iglesia. Pero al quinto año, es decir, en 257, habiéndose captado su confianza Marciano, enemigo jurado de los fieles, cambió completamente estas felices disposiciones, y le obligó á perseguir la Iglesia. La tempestad aumentó, sobre todo en 258, fecha de un nuevo edicto del Emperador. Entonces fué cuando los Papas San Esteban y San Sixto II, en Roma, el diácono San Lorenzo, y poco después San Cipriano, en Cartago (Cypr. *Epist.* LXXX, LXXXII y ap. Ruinart., pág. 171. *Act. S. Cyprian.*), y no lejos de Constantina, los cristianos cuyos nombres se hallan escritos en una célebre inscripción trazada sobre una roca, y cuyo conocimiento debemos á unos oficiales franceses, y otros muchos en diversos lugares, fueron inmolados por la fe. Al mismo tiempo (Greg. Turon. *Hist.*, l. I, c. 30 1), un gran número de cristianos fueron condenados á muerte, en las Galias, por los Bárbaros.

Sabemos que Dodwell ha pretendido limitar la persecución de Valeriano sólo á los pastores de la Iglesia. Por toda respuesta á esta aserción, transcribimos las siguientes palabras que San Cipriano escribía á su clero (*Epist.* LXXVI): «Siguiendo vuestro ejemplo, una numerosa parte del pueblo ha confesado como vosotros, y como vosotros ha sido coronada»: *exemplum vestrum secuta multiplex plebis portio, confessa est vobiscum pariter, et pariter coronata est*. Por otra parte, los términos mismos del decreto dan un mentís al doctor anglicano.

En 259 Valeriano fué hecho prisionero por los Persas. Galieno, que, según el historiador Orosio (VII, 22), estaba asustado del terrible juicio del Dios en su padre, concedió la paz á los cristianos; pero Macrino, que era gobernador del Egipto, continó vejando á los fieles de Alejandría (Euseb., *loc. laud.*). También hubo mártires bajo Claudio el Gótico, si bien este Príncipe no publicó ningún edicto de persecución, siendo en su reinado, según se cree, el martirio de Santa Severa, cuyo epitafio ha ilustrado tan sabiamente el P. Lupi (*Dissert. et animadv. in nuper invent. Severæ M. Epitaph.* Panormi, 1734). Bajo Aureliano también se derramó sangre cristiana. A este reinado se refiere el martirio de Santa Mustiola de Chiusi, la antigua *Clusium:* esta mártir parece haber sido parienta de Claudio el Gótico (véase Cavedoni. *Cimit. Chius.*). Después de la muerte de este último, en 279, la república estuvo seis meses sin soberano. Sin embargo, los prefectos de las provincias no se abstuvieron durante este interregno, de sacrificar nuevas víctimas (véase Pagi. *Ad an.* 260). Bajo Aureliano se coloca el martirio de San Dionisio, primer obispo de París, el de San Víctor, de Marsella, y el del Papa Cayo. El apologista Arnobio florecía en la misma época (véase la noticia en el artículo *Patrología*).

10.° *Persecución de Diocleciano y Maximiano*, de 303 á 310. Durante los diez y ocho años primeros de Diocleciano, los cristianos disfrutaron de una paz relativa, sobre todo en Oriente; hubo ya, sin embargo, en Occidente, cierto número de mártires, entre los cuales brillan en primer término Mauricio y su legión Tebana, que fueron inmolados, según las apariencias, el 22 de Septiembre de 286, por Maximiano, colega de Diocleciano. En 303, y sólo después de largas vacilaciones, fué cuando cedió á las instancias del César Galerio, sediento de la sangre de los cristianos. Sin embargo, su primer edicto se limitó á excluirlos de todos los beneficios de la vida civil, á derribar las iglesias y quemar los libros sagrados (Euseb, VIII, 2). Se sabe que, á causa de oponerse á entregar los Libros de la Iglesia, que en su calidad de diácono tenía guardados, fué martirizado San Vicente en Valencia, en España. Poco después vino un segundo, y bien pronto un tercer edicto decretando la prisión y la muerte de los obispos y los clérigos solamente, y en 304 un cuarto edicto extendió la persecución á todos los cristianos. Después de la abdicación de Diocleciano, la persecución fué renovada por Maximiano, en 312, y Licinio, en las provincias de su mando, la prolongó hasta 315, despreciando el memorable edicto de tolerancia que en unión de Constantino publicó en Milán en 313. Los martirologios enumeran en esta época un considerable número de mártires, entre los cuales se distinguen, sobre todo, los 40 soldados que sufrieron el martirio en Sebaste, en Armenia (IX *mars.*). Después de la muerte de Licinio, quedó Constantino único dueño del Imperio, y dió á la Iglesia una paz que no fué turbada apenas sino parcialmente por el apóstata Juliano y por los emperadores Arriano, Constancio, Valente, etc.

Entre los más ilustres mártires de la persecución de Diocleciano, deben contarse San Sebastián, San Pánfilo, tan conocido por su celo científico, y probablemente Santa Inés.

Diocleciano tuvo el singular honor de dar su nombre á una era nueva. Aun después de lo que han escrito Baronio, Petau, Noris, Tillemont, Scheltrate, etc., esta era conservaba todavía algo de vaguedad, especialmente en lo que concierne al uso que de ella hicieron los cristianos de Egipto y Abisinia. Hoy, merced á los estudios de Letronne sobre las inscripciones griegas del Egipto, ha concluído toda clase de incertidumbre (véase Cavedoni. *L'era dei martiri*). Después de haber ilustrado tres inscripciones de File, en el alto Egipto, que datan de los años 164 y 169 de la era de Diocleciano, siguen dos disertaciones, cuya segunda se titula: *De l'origine et du caractère de l'ère de Dioclétien*. Resulta de esta última: 1.°, que el punto de partida de esta era es el año primero del imperio de Diocleciano, computado á la manera de los egipcios, y correspondiente al 29 de Agosto del año 284 de Jesucristo; 2.°, que esta era, imaginada y puesta en uso por los paganos, á causa, sin duda, del celo de este Príncipe por el paganismo, y de su odio contra los cristianos, fué adoptada en seguida por los mismos fieles, los cuales, para disimular su origen, la llamaron *era de los mártires*, título que no debe, sin embargo, tomarse en todo su rigor cronológico; porque hemos visto que la décima persecución, que lleva el nombre de Diocleciano, se cuenta desde el año décimo-

octavo, ó también desde el vigésimo, de su imperio, aunque haya habido mártires desde el primero.

La historia de las persecuciones ofrece multiplicadas dificultades cronológicas y otras cuya discusión no podemos acometer en este rápido bosquejo. Hemos seguido constantemente las opiniones más admitidas por lo general, y hemos tomado por guías los autores más exactos, entre otros Mamachi (*Origin. et antiq. Christ.*, t. I, l. 2, c. 8), y sobre todo las incomparables *Memorias* de nuestro Tillemont.

III. A la vista de tantas atrocidades llevadas á cabo contra los cristianos, se pregunta uno si todos los príncipes perseguidores eran hombres crueles; y en seguida vienen á la imaginación los nombres de Trajano y Marco Aurelio. Todavía pueden agregarse á ellos otros que, si bien no figuran en la lista oficial y un poco arbitraria, preciso es confesarlo, de los enemigos declarados del nombre cristiano, han derramado no obstante, la sangre de nuestros hermanos: así, Vespasiano y su hijo Tito buscaron con tanto rigor á los descendientes de David, cuyo cristianismo habían abrazado algunos, para extinguir en sus personas las razas de los antiguos reyes. También se recuerda que San Apolinario de Rávena sufrió el martirio bajo este Emperador (Usuard., XXII *jul.*): *Natalis beati Apollinaris episcopi, qui..... sub Vespasiano Cæsare, inter ipsa vicissim sibi succedentia tormenta, gloriosum martyrium consummavit.*

Así también Antonino Pío. Si en la historia de este Príncipe quedan algunos hechos obscurecidos por su homonimia con Marco Aurelio, la persecución es incontestable. Dodwel mismo no la niega, puesto que, en contra de todos los documentos cronológicos, fija en este reinado, no sólo el martirio de San Policarpo, sino también el de San Justino.

Lo mismo sucede con Alejandro Severo. Las crueldades cometidas bajo este Príncipe encuentran numerosos incrédulos, á causa de su carácter bien conocido como dulce y justiciero. Pero todo se explica cuando se reflexiona que esta persecución fué mucho menos obra personal suya que de los jurisconsultos, tan poderosos bajo su reinado, y los cuales, animados de un odio implacable contra los fieles, se valían de las leyes existentes para hacer estragos en ellos. Pero todavía se creen con derecho á difamar la cruel debilidad del Emperador.

Podrían citarse otros muchos.

Por último, ¿cómo hombres dotados, según la opinión común, de las cualidades que adornan á los buenos príncipes, se mostraron tan severos y tan crueles con los cristianos? Pueden indicarse varias causas.

Desde luego la tiránica presión de las pasiones populares. En su odio estúpido, las muchedumbres procuraban indemnizarse de las calamidades de que á veces se veían agobiadas, provocando las medidas más acerbas contra hombres á los cuales atribuían ó fingían atribuirlas, y los príncipes, cobardes ó pusilánimes, no hallaban nada mejor que concederles esta distracción. «Piensan, dice Tertuliano (*Apolog.*, XL), que los cristianos son la causa de todas las desgracias públicas, de todos los sufrimientos del pueblo. Si el Tíber llega hasta las murallas, si el Nilo no inunda los campos que le rodean, si el cielo se seca, si la tierra tiembla, si el hambre, si la peste aparecen, inmediatamente se grita: ¡Cristianos á los leones! CHRISTIANOS AD LEONES.»

En segundo lugar, la influencia y las astucias de los filósofos. A partir, sobre todo, del reinado de Adriano, muchos de ellos, animados de un odio violento contra los cristianos, aconsejaban, sin descanso, la persecución de los fieles, y las masas populares, así como también las eminencias de la sociedad romana y los jefes del Imperio. Además de Celso y Porfirio, pueden citarse Arriano, Fronton, Luciano, Crescente y Filostrato. Estos hombres no podían ver sin envidia que ilustres cristianos, versados profundamente en el estudio de la filosofía y revestidos también con el manto del filósofo, enseñaran, autorizados, nuevas doctrinas, descubrieran las contradicciones y la nulidad de las suyas, y sobre todo censuraran su avaricia y su bajeza, y sus monstruosos desórdenes, como lo hacían especialmente San Justino y su discípulo Taciano.

Por último, no conviene olvidar que los Emperadores estaban revestidos de la dignidad de *soberanos pontífices*, título que resumía todos los sacerdocios de la antigua Roma. Este título era muy considerado, y los emperadores ejercían gustosamente sus poderes, aun en cosas que pueden parecer pequeñas. Plinio consultaba á Trajano, ó recurría á su autoridad como Soberano Pontífice, y este Príncipe le contestaba como tal (*Epist.* X, 73, 74). Como Soberano Pontífice ordenó Domiciano, siguiendo el rito antiguo, el suplicio de varias vestales que habían olvidado sus deberes (Sueton. *Domit.*, VIII). Más tarde figuraba Alejandro Severo, en virtud de este mismo título, en los solemnes sacrificios (Lamprid. *Alexandr.*, XL).

Se consideraban estas funciones tan importantes y tan esencialmente ligadas á la dignidad imperial, que cuando Graciano la renunció, produjo este acto gran descontento en las eminencias del paganismo (véase Zosim., IX, 36).

Es evidente que este soberano pontificado les imponía la obligación de proteger contra todo culto enemigo al culto que estaba reconocido como del Imperio. Además los ponía en relación íntima, y en comunidad de causas, con los pontífices de un orden inferior, los sacerdotes de todas clases, los diversos colegios religiosos, es decir, con todo lo que había en la sociedad romana más hostil á la nueva religión, y que debía necesariamente ejercer sobre ellos una fuerte presión en este sentido.

Agreguemos que muchos estaban afiliados á colegios ó asociaciones religiosas. Por no hablar más que de una, pero que era la más importante, citaremos la de los *Hermanos arvales*, encargados especialmente de hacer sacrificios anuales por la prosperidad de las cosechas. Las inscripciones coleccionadas en la preciosa obra de Marini (*Gli atti e monumenti dei Fratelli arvali*) nos presentan en ellas á Nerón y aun á Trajano, á pesar del alejamiento que se imponía de estas clases de asociaciones á Adriano, Antonino, Marco Aurelio, Septimio Severo, Gordiano, etc.

Se sabe que, en nuestros días, M. Henzen ha continuado la obra de Marini y descubierto numerosos fragmentos de las actas de esta célebre corporación.

PESCADOR.—I. La antigüedad designó con frecuencia á Cristo, no sólo bajo el emblema del pez (véase esta palabra), sino también bajo el del pescador. Quiso, dice San Gregorio Nacianceno (Horat., XXI), hacerse pescador, á fin de sacar del abismo al pez, es decir, al hombre, que nada en las aguas intranquilas y peligrosas de esta vida. Leemos en San Cirilo de Jerusalén (*Procatech.*, IV): «Jesús te coge con el anzuelo, oh hombre, no para hacerte morir, sino para que, estando muerto, renazcas á la vida.» En su himno al Cristo Salvador (vers. 24 sig), San Clemente de Alejandría expresa la misma idea bajo formas poéticas: «Pescador de los hombres, tú que salvas los peces sagrados que estaban en el mar del vicio, sácalos de la ola enemiga para una vida dulce.»

Los monumentos que sirven de comentario á estos textos, no son raros. Tenemos, en primer término, una cornalina de la colección de Vallarsi (Costadoni. *Pesce*, tab. II, XXX), muy antigua, si ha de juzgarse por la perfección del trabajo. En ella, Cristo, cuyo nombre simbólico ΙΧΘΥϹ se halla escrito en el campo, está representado medio desnudo, según la costumbre de las gentes de esta profesión; tiene en una mano una cestita conteniendo el cebo, y en la otra un sedal en cuyo extremo está suspendido un pez, que el divino pescador contempla con amor y satisfacción. Sobre un pequeño vidrio publicado por el P. Garrucci (*Vetri*, VI, 10), Nuestro Señor, con túnica y *pallium*, tiene suspendido de la mano un grueso pez que ha tomado del sedal.

También se halla el Salvador figurado bajo este emblema sobre un antiguo sarcófago de Roma, de una concepción muy ingeniosa. Además de las otras escenas complicadísimas que se observan en ellos, y que todas, se cree, son relativas á la vida de Nuestro Señor, se ve allí un joven sosteniendo con una mano, por la parte media, la caña con el sedal, cuyo extremo tiene un pescador (véase la galería grande de Letran, y Bottari, tab. XLII y el grabado de nuestro artículo *Conchas*), y en la otra mano enseña á este mismo pescador un pez ya cogido en el anzuelo, á fin de que lo saque fuera del agua. A la extremidad opuesta de la tumba, el joven aparece de nuevo, pero presentando á su maestro los peces que, según sus órdenes, ha pescado con la red. La figura que damos aquí, según un sarcófago de Ostia publicado por M. Carlos Luis Visconti, representa también, ya al pescador divino, ya al pescador de hombres enviado por él. Lleva en una mano un pez ya cogido, y en la otra la cesta con el cebo.

II. Puede pensarse, con el abate Polidori (*Pesce*, part. I), que este joven es San Pedro, quien, elegido por Jesucristo para vicario suyo, fué también el jefe de los pescadores de hombres. Vemos, en efecto, que, ya para la predicación, ya para la pesca milagrosa, el Salvador escogió la barca de Pedro (Luc., V, 4): le ordena, en esta última circunstancia, dejarle en completa libertad, y entonces es cuando le dice: *Ex hoc jam homines eris capiens.* Esto hace que desde muy antiguo se haya representado á San Pedro como pescador; y en razón de esta cualidad que le concede el mismo Salvador, y para perpetuar su memoria, es por lo que San Clemente de Alejandría (*Pædag.*, III, 106) recomienda esta imagen á los primeros cristianos como una de las que deben adornar sus anillos: *Et si quis est qui piscetur, meminerit apostoli et puerorum qui ex aqua extrahuntur.* De ahí proviene el que los Soberanos Pontífices hayan adoptado la misma imagen para su sello, llamado por esto el *anillo del pescador*, y donde San Pedro está representado pescando con la red, mientras que Nuestro Señor pesca con el sedal. En un marfil antiguo (Mamachi. *Costumi.*, I. Prefaz., pág. 1) está grabada una barca con la inscripción ΙΗϹΥϹ; el Salvador hace allí las funciones de piloto, y San Pedro saca fuera del agua una red conteniendo un pez grande. Los Apóstoles y sus sucesores debieron ser representados con frecuencia como pescadores; traeremos aquí un ejemplo de la mayor antigüedad, que se encuentra en lo que se llama la cámara de los sacramentos en el cementerio de Calixto (véase Rossi, ΙΧΘΥϹ, tab. II, n. 4).

El primer asunto representado, en una serie de cuadros perfectamente coordinados, es Moisés golpeando la roca de Oreb, es decir, San Pedro haciendo brotar del costado del Salvador,